

EL COLEGIO DE ABOGADOS CONMEMORÓ EL ANIVERSARIO DEL ATENTADO DE ATOCHA

Santiago Carrillo asistió al oficio religioso

Madrid. (De nuestra Redacción.) En medio de un gran silencio transcurrió el funeral que en la iglesia de Santa Bárbara ofició el padre Javierre al cumplirse el primer aniversario de los asesinatos de los abogados laboristas de Comisiones Obreras en el despacho de la calle de Atocha.

ASISTENTES.—El templo se encontraba abarrotado de público. En el prebisterio, en lugares preferenciales, estaban el presidente del Congreso de los Diputados, don Fernando Alvarez de Miranda; el decano del Colegio de Abogados, don Antonio Pedro Ríos, y miembros de la Junta de gobierno de dicho Colegio.

En los primeros bancos se hallaban familiares de las víctimas, y los supervivientes de la matanza María Dolores González Ruiz y Luis Ramos. Entre el público podía verse a Santiago Carrillo, secretario general del P. C. E.; don Simón Sánchez Montero, Joaquín Ruiz-Jiménez, Jaime Miralles, numerosos abogados, correligionarios y amigos de las víctimas.

HOMILIA.—Pronunció la homilía, breve, el padre Javierre. Aludió el celebrante al misterio de la vida y la muerte, y recordó que la Eucaristía es algo en la que los cristianos que tenemos fe —vosotros quizá no la tengáis o la habéis perdido— estamos comprometidos. «En esta Eucaristía —dijo— estamos hoy con el recuerdo de ellos.»

Después señaló que a este misterio de la vida hay que responder con el misterio del amor. Finalmente se refirió al ejemplo que muchos de los asistentes habían dado en momentos duros de la Patria. «Que Dios os lo pague.»

EN EL COLEGIO.—Finalizado el acto religioso, en el salón de actos del Colegio de Abogados tuvo lugar otro de carácter necrológico.

No se cabía en el salón, que estaba abarrotado de abogados y amigos de las víctimas. En la presidencia se hallaban el presidente del Congreso de Diputados, señor Alvarez de Miranda; el decano, señor Pedro Ríos; el subsecretario de Justicia, señor Ortega y Díaz-Ambroja, que representaba al ministro de Justicia; el fiscal del Reino, señor Panfili Sedeño, y un repre-

sentante del ministro de Trabajo. Todos vestían togas.

ORADORES.—Tras unos momentos de colocación —a llegada hasta el salón fue muy apresada—, el decano invitó a la gente a que ocupara el anfiteatro, pero en él, por razones de seguridad que el propio señor Pedro Ríos señaló, nada más podía acomodarse una mínima parte de la gente que asistía al acto. Abrió el mismo don Joaquín Ruiz-Jiménez, quien dijo que mejor que hablar era guardar silencio, ya que, según él, aquél fue un día de silencio. Luego se refirió al tiempo y al dolor; «un dolor —dijo textualmente— sin ira, sin resentimiento». Recordó la profesionalidad de las víctimas como juristas y la alegría que comportaba el haberlos tenido como compañeros y alumnos. Calificó el ejercicio de la abogacía como un riesgo. Luego habló de los cinco «como semillas de esperanzas» y de la grandeza de la profesión. «Esos hombres, por ser ricos en amor, murieron con la toga puesta», concluyó.

MIRALLES.—Después habló don Jaime Miralles. Con su verbo cálido dijo que «palabras de paz son las que necesita este recuerdo». Aludió en sus palabras a la gran vocación profesional que tenían y recordó el ejemplo de ellos como abogados laboristas. Tras rechazar toda violencia, recordó aquellas horas de serenidad ejemplar en que se impuso la lógica del razonamiento y no la dialéctica de los puños y las pistolas. Aludió a la reconciliación. «Evocando vuestra memoria —dijo textualmente— me he referido a la serenidad y a la reconciliación.» Más adelante, dijo: «No es desde la profesión de abogado desde donde pueda alzarse la voz del rencor... Con el final de vuestra existencia terrena nos emplazasteis a una conducta determinada. Emplazasteis al poder judicial a que no ceje ni ceda en la investigación y circunstancia de vuestra muerte.

Luego usó de la palabra el también abogado don Leopoldo Torres Boursalt, quien recordó los momentos luctuosos que se vivieron en aquellas jornadas, asesinato que calificó como monstruoso y gratuito. «Después de esa matanza —dijo— somos una profesión que ha sido honrada por el mérito de morir por ser ejercida con dignidad y libertad. Desde esa fecha, la abogacía se refuerza en defensa de la libertad de todos los españoles.»

EMOCION.—Emocionada, cast. Horando, habló doña Cristina Almeida, quien recordó que ellos luchaban por la unión, por un ansia de justicia, por una vida mejor. No quiso hablar de ellos como correligionarios, y dijo que la venganza es un sentimiento ruin. Recordó la exigencia de justicia, puesto que estaba en el Palacio de Justicia, y aludió a que ellos lucharon por la convivencia y la libertad en este país. Fue largamente aplaudida.

LAPIDA.—Cerró el acto el decano del Colegio, quien, tras señalar que el asesino no busca la muerte del abogado, sino los valores de libertad y de justicia que representa. Aludió a los riesgos que corre el abogado, y señaló que este asesinato era un ataque a la paz de España. «Este acto o hoy —dijo— significa nuestra solidaridad con los compañeros asesinados.»

Luego, entre un impresionante silencio se descubrió una lápida en la que figura los tres nombres de los tres abogados laboristas.